

dominantes en la generación. Así el tema del destino está presente en varios poemas de *Mitos* como «Salambó», «La doncella raptada», y en algunos de vinculación mitológica como «Mármol», «Resurrección», «El pino», etc.

«La muerte» es el título de la última parte de *Mitos*. Este tema ya había aparecido tratado con cierta profundidad en el largo poema «De profundis» de *El paraíso desdeñado*, aunque ahora se vertebra con los temas del amor, del tiempo y del destino. Los cinco poemas de esta última parte del libro que comentamos abordan el tema de la muerte desde diversas perspectivas. Se da la contraposición entre la muerte física del hombre frente a su supervivencia en la obra literaria en el poema «A Rodó»; la muerte de la naturaleza recobrada por «un sol hermano» en «Procul urbe», e, incluso, algunas referencias del culto a los muertos en «Lamparillas».

El acercamiento al mundo, el contacto con la realidad también aparece poetizado en *Mitos*. Se trata del reencuentro con el universo a través de sus seres menos importantes. La colección de décimas de la parte VIII del libro de influencia formal guilleneana, también temáticamente parece influida por el poeta vallisoletano. Suponen un descubrimiento poético del mundo y de la vida. Y lo mismo podríamos decir de otros poemas como «Vilanos» o «Aguadora». El tiempo no es, sin embargo, tema de tratamiento directo en esta obra de Bacarisse. Aparece de modo secundario en algunos poemas como «El reposo», «Jardín de convento», «A Rodó», etc. Sí goza, para concluir, de cierta presencia en *Mitos* el tema religioso. Al menos tres poemas se ordenan desde la perspectiva de la religión católica. Nos referimos a los dos romances a la Catedral de León y al poema «El Dios grande». En otros casos se dan referencias de contenido religioso sin concreción de confesionalidad. Así ocurre en «Lamparillas», «Campanas de Pascua», «Ruisseño».

Este breve recorrido por la temática del último libro de versos de Bacarisse nos permite constatar cómo en lo que a este aspecto se refiere nuestro poeta no se diferencia sustancialmente de los hombres de la generación del 27. Bien es cierto que así como de los cuatro o cinco temas generales predominan unos u otros según de qué poeta se trate, así también en Bacarisse podemos afirmar que se impone el tema del amor, ocupan lugares destacados los temas del destino, del universo y el tema de la muerte, quedando más relegados el tema religioso y el del tiempo, que ocuparía el último lugar en importancia. En todo caso, la temática de *Mitos* se alinea con los que Guillén consideraba «los grandes asuntos del hombre», los temas de su generación.

La metáfora

La importancia del lenguaje en la creación poética ha sido puesta de relieve con frecuencia por la crítica. El poeta, en efecto, no es sólo el creador de un mundo, sino también del lenguaje que expresa el mundo imaginado. Y en este esfuerzo por crear constantemente su propio lenguaje, el poeta no parte de un código de lengua poética. Es él quien debe dotar a cada término del valor poético necesario. Y, en este sentido, resultan especialmente clarificadoras las palabras de Jorge Guillén:

La poesía no requiere ningún especial lenguaje poético. Ninguna palabra está de antemano excluida; cualquier giro puede configurar la frase. Todo depende, en resumen, del contexto ⁴².

Guillén rechaza, por tanto, la existencia de un lenguaje poético ya que «no hay más que lenguaje de poema: palabras situadas en un conjunto». De ahí que cada poeta trate de configurar su propia lengua seleccionando el vocabulario, dotándolo del peso poético necesario. Y este trabajo, absolutamente personal, lleva a cada poeta por caminos diferentes. Así lo ha manifestado el mismo Guillén, al hablar de su propia generación:

Alrededor de una mesa fraternizan, se comprenden, hablan el mismo idioma: el de su generación. A la hora de la verdad, frente a la página blanca, cada uno va a revelarse con pluma distinta ⁴³.

También Bacarisse sintió la necesidad de renovar el léxico, de buscar una lengua no gastada por el uso, de crear, en definitiva el lenguaje de cada poema. En un artículo de 1919 ya manifestaba la necesidad de renovar la lengua del poema librándola de los usos rutinarios:

Cada día me haré más difícil para los vocablos, e iré a buscarlos a las ciencias más recónditas, en las oquedades en que no penetran los periodistas, ni los jefes de negociado, ni los cantores ambulantes ⁴⁴.

Una de las manifestaciones más claras del lenguaje de cada poeta, de lo que constituye su fundamental vehículo de expresión es, sin duda, la metáfora. No es únicamente un elemento ornamental. «La metáfora es el poeta. Para comprender a un poeta es esencial comprender sus metáforas» ⁴⁵. Dado el culto especial que los diversos movimientos de vanguardia de la década de los años 20 tributaron a la metáfora, culto en el que se vieron envueltos tanto Bacarisse como los demás componentes de la generación del 27, parece pertinente establecer algunos puntos de reflexión comparativa entre uno y otros poetas en lo a la actitud frente a la metáfora se refiere y en lo que respecta a algunos modos concretos de realización.

Vicente Cabrera analiza el desarrollo metafórico en Salinas, Aleixandre y Guillén, y después de pasar revista a los diversos modos de realización de la metáfora en estos poetas viene a concluir que

Salinas, Aleixandre y Guillén tienen una actitud común frente a la metáfora. Para ellos ésta no es un fin en sí. El poeta, para ellos, es el ser que tiene el don especial de hablar figurativamente con el fin de alcanzar la justa y exacta expresión de la intuición respectiva ⁴⁶.

Esta conclusión sería aplicable a Bacarisse puntualmente. Tampoco para nuestro poeta la metáfora o la imagen constituyen un fin en sí mismas. Más bien sería el vehículo para transmitir al lector del modo más adecuado la intuición personal. Pero esta coincidencia se observará mejor si continuamos con las conclusiones de Cabrera. De la ante-

⁴² J. Guillén, *Lenguaje y poesía*, cit., pág. 195.

⁴³ *Ibidem*, pág. 193.

⁴⁴ M. Bacarisse, «*Meditaciones de abril*», Cervantes, abril de 1919, pág. 49.

⁴⁵ Vicente Cabrera, *Tres poetas a la luz...*, cit., pág. 27.

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 209 s.

rior consideración este autor deduce tres características comunes al arte de estos tres poetas, que expone así:

Primero, se tiene la ausencia de todo formalismo hueco, de todo artificio sin función estrictamente poética, de todo juego lingüístico caprichoso e insustancial. Segundo y como resultado de lo dicho, la autenticidad prima en esta poesía. Lo auténtico de un poema no está necesariamente en la transcendencia o intranscendencia del tema desarrollado a través de la palabra, sino en la funcionalidad de ésta que se define en la necesidad que tiene el poeta de usarla para expresar su intuición con la máxima exactitud y justeza. (...)

Tercero, la palabra hallada (...) será la idea misma concretada; de aquí que se haya afirmado que la metáfora en un buen poeta es la idea misma hecha imagen, que en definitiva equivale a la fusión o unión esencial entre fondo y forma, tan característica de esta poesía.

Es cierto que Bacarisse, igualmente, huye de toda imagen hueca, de toda metáfora convertida en momia. En la introducción a *Mitos* señala como un objetivo del libro «demostrar que las metáforas no se quedan en esqueleto verbal o momia imaginativa»⁴⁷, que era lo que él atacaba en los movimientos de vanguardia. Antonio Machado, comentando en carta personal a Bacarisse el libro *Mitos* que éste acababa de enviarle, le dice

Lo nuevo de su obra es, a mi juicio, la carencia del culto supersticioso a las imágenes que caracteriza a nuestros llamados poetas de vanguardia. Las imágenes por sí mismas son muy poca cosa⁴⁸.

La segunda característica, según Cabrera, se refiere a la autenticidad de la poesía, que es algo de lo que en absoluto podríamos dudar de Bacarisse. Desde el primer libro manifiesta una conciencia sumamente elevada de lo que constituye el quehacer poético. Es algo que se observa tanto en la lectura de sus versos como en la de los juicios que sus amigos y compañeros emitieron sobre él. Esta autenticidad no reside, ciertamente, en la transcendencia de los temas, muchas veces triviales, cuanto en la realización de la necesidad expresiva sentida por el poeta. La tercera característica se refiere a la metáfora como concreción de la misma idea que, naturalmente, conlleva una perfecta fusión de fondo y forma. Parece claro que la valoración de esta tercera característica dependerá en buena medida de la consideración personal del crítico. Desde el estudio de *Mitos* creo poder afirmar que esta característica que Cabrera encuentra en algunos poetas del 27 está presente en la mayor parte de las metáforas de Bacarisse. Señalamos algunos ejemplos:

Los husos del ciprés con lana negra
ven devanar madejas de áureos hilos. (*Mitos*, pág. 39)
Granada de cuentas rojas
e innumerables hechizos,
rosario de olvidadizos,
corazón que la luz mojas (*Mitos*, pág. 143)

El soneto «Mármol» comienza así:

Vena sinuosa y fina que tortura
la blancura serena del Carrara. (*Mitos*, pág. 73)

⁴⁷ M. Bacarisse, *Mitos*, Mundo Latino, Madrid, s.a. (pero 1930), pág. 17.

⁴⁸ Carta de Antonio Machado a Bacarisse, sin fecha, publicada en *El País*, 7 de diciembre de 1980.